

‘Indignados’, no violentos

JOSÉ MARÍA CALLEJA

El movimiento tiene un componente vivificante para la política española que no debería empañarse por la violencia



La irrupción del movimiento de los ‘indignados’ ha escenificado ante la opinión pública mundial un estado de enorme irritación entre los jóvenes españoles. Irritación provocada por el paro, por la carestía de la vivienda, por la falta de perspectivas, por la manera de actuar de banqueros y políticos, por el anquilosamiento de la vida pública, por las desigualdades, insultantes y crecientes, entre los muy ricos y los muy pobres, por lo que se percibe como inoperancia de los partidos políticos convencionales.

A partir de ahora algunas cosas han cambiado de manera radical: la forma en que se ve a banqueros y a políticos, la manera en que algunos de estos empiezan a verse a sí mismos. Ha cambiado también la manera de hacerse con la información y de establecer la agenda. La movilización ha puesto al descubierto la ruptura de la anterior jerarquía, en la que el medio de comunicación se erigía casi como único prescriptor no disputado. En los últimos años hemos pasado de la tradicional estructura vertical, en la que el emisor informaba y el receptor esperaba quieto y disciplinado, como si escuchara al Oráculo de Delfos, a un sistema horizontal de circulación de la información y del establecimiento de la agenda, un sistema no estático en el que cientos de personas desconocidas se erigen en informadores y creadores de opinión, adquieren una posición protagonista sin ser periodistas ni analistas profesionales, una red que demuestra una enorme y muy ágil capacidad de movilización. De la misma forma que los ‘indignados’ han atacado a los políticos trajeados, encapsulados en el coche oficial, endogámicos, que hablan su particular jerigonza, que se expresan de forma ortopédica, que tienen dificultades para escuchar y hablar con la gente, este movimiento ha acabado por romper también la jerarquía tradicional en la manera de contar lo que pasa y en establecimiento de aquello sobre lo que tiene que hablarse.

Es una pena que a rebufo de este movimiento con ingredientes positivos, hayan aparecido manifestaciones violentas, escenas de acoso y otras actitudes que creo que repugnan en primer lugar a la mayoría de los ‘indignados’. No se puede plantear que una nueva forma de hacer política no profesional consista en rociar con un spray a políticos profesionales que han sido elegidos por los ciudadanos, como ha ocurrido en Barcelona. Resultan mucho más democráticos y eficaces gestos como los de Valencia, donde los ‘indignados’ han sacado tarjeta roja a los políticos, sin un ápice de violencia.

El movimiento de los ‘indignados’ tiene una componente vivificante, saluífica, para la política española, que no debería ser empañada ni por violentos acosadores, ni por grupos marginales que lo único que celebran es estar ahora más acompañados en la calle.



CÉSAR OLIVA

El otro terremoto

Ya ha pasado. El terremoto del 22M ha pasado. No ha sido, ni mucho menos, tan virulento y cruel como el de Lorca, pero ahí está. Y precisamente se ha producido en la región que rodea la ciudad del sol. Un terremoto político, social, ambiental. Previsto, al contrario que el otro, el telúrico, ese que no avisa, y que lo mismo puede suceder cerca de la falla de Archena que en Tōhoku o San Francisco. En esos casos no queda otro remedio que rezar o cagarse en la leche o las dos cosas a la vez.

Mucho se ha escrito de lo sucedido en Lorca, y no voy a quitar ni poner un punto a las autorizadas voces que han narrado los desastres de la cosa, como mi entrañable amigo lorquino Juan Guirao me describía lo sucedido, remitiéndome a uno de los célebres aguafuertes de Goya. Pero ya están todos manos a la obra. Esperemos que en poco tiempo esa noble ciudad se recupere de las heridas, aunque ya nos han advertido que no será fácil ni rápido. Ánimo.

El otro terremoto, el político, ha pasado de manera mucho más tranquila. Quizás porque muchos no lo entiendan como tal convulsión. La ciudadanía esperaba unos resultados como los ofrecidos por las urnas: no ya mayoría absoluta en Asamblea y principales ciudades de la Región, sino absolutísima. Tan-

to lo esperaba que los ‘populares’ no han hecho ni un gesto de entusiasmo extremo (no lo necesitaban), y han acabado el partido con los abrazos de rigor, sí, pero sin lanzarse a la cancha dando gritos de entusiasmo. Es lo que va a pasar si el Barcelona sigue ganando todo o casi todo. Que ni siquiera van a ir a la Plaza de Cataluña a celebrarlo.

¿Y los otros? ¿Que han hecho los perdedores? Pues casi nada también. Todos (la mayoría más significativa) siguen en sus sitios, diciendo que a partir de ahora hay que reflexionar, etc., etc. Una voz, es cierto, la del concejal Marcos Ros, se atrevió a decir que ya estaba bien. E incluso fue coreada por el mismísimo delegado del Gobierno. Pero enseñada llegaron los ‘chissssst’ que amonestaban a los que no querían seguir saliendo en la foto. Y todo sigue igual. Nadie dimite, como corresponde a este país y este tiempo. Se echa la culpa a cosas tan variopintas como la crisis, el desgaste de Zapatero (¡pobre Zapatero!) o el agua para todos. Pero siguen los mismos, en un lamentable proceso de deterioro cuyo único objetivo, al parecer, es la desaparición del partido.

De manera que, en contra de mis palabras iniciales, parece no haber habido terremoto político. Lo natural es que esta región sea mayoritariamente de derechas, y que la izquierda esté condenada a ser una especie

en extinción. ¿No? ¿Es eso lo que queremos? ¿O qué está pasando? Me hago estas preguntas desde la calle, desde la no militancia, desde la preocupación por el progreso, desde lo que considero la búsqueda de la racionalidad. Mi postura es decir que esto no es normal. No es bueno para la izquierda, pero tampoco para la derecha. No es bueno gobernar en la impunidad más absoluta. No es bueno para la democracia, por supuesto, pero para otras cosas ¡claro que es bueno! Tenemos una derecha que se ha acostumbrado a gobernar sin oposición, o con una oposición tan débil que sólo saben decir no a todo. Hay muchos (bueno, muchos no creo que haya ya) en el socialismo murciano que creen que el PP de aquí es franquista y cosas así. Todavía no han aprendido a leer los dictados de la ciudadanía, pues todavía no han aprendido a respetar al contrario, principio básico de la convivencia democrática. A falta de argumentos políticos de peso, lo que sí sabe esa izquierda murciana es derrocar a los suyos, afilar los cuchillos de la traición, acabar con sus líderes. La base del fracaso del socialismo de aquí, en mi opinión, está en haber escenificado dos veces seguidas el Julio César shakespeariano. Con dos de sus líderes en el poder, han tenido sus respectivos Brutos para asesinarlos políticamente, sin esperar a que las reglas del juego facilitaran los cambios. Y eso pasa factura. ¡Vaya si la pasa! Gente válida como el expresidente Collado, como el exsubsecretario de Cultura Garrido, como el exrector Monreal, son fósiles en el partido, ninguneados y despreciados más por sus canas que por sus ideas. Eso estaría bien si la alternativa hubiera salido cara. Pero ha salido cruz. Otra cruz.

Sigo creyendo que el 22M ha sido un terremoto político de grandes dimensiones. Lo malo es que los perdedores aún no se han dado cuenta de ello.

TIRANDO A DAR

Donde el corazón te lleve

ANA MARÍA TOMÁS

www.anamariatomas.com
http://blogs.laverdad.es/anamariatomas



Cada año, cuando comienzan los exámenes de Selectividad me invade la misma sensación de descontrolada incertidumbre que, imagino, han de sentir quienes apuestan un gran capital a un solo número en la ruleta.

Me lo confirman las entrevistas que suelen hacer los reporteros a los jóvenes que van a realizar el examen, año tras año, con los mismos resultados: muchos no saben qué es lo que quieren estudiar, qué es lo que desean hacer, hacia dónde encauzar sus vidas. En realidad, según estadística –aunque ya sabemos todos lo que son las estadísticas– siete de cada diez. Que no es moco de pavo. Escuchaba a estos hombres y mujeres del futuro confesar, sin pudor alguno –la inocencia también es un grado– que estudiarían algo en función de la nota, de las posibles salidas, de las imposiciones paternas... ¿Nota? ¿Salida laboral? ¿Imposiciones...? Pues sí, queridos lectores, como lo leen. Aunque no se lo crean. El papá médico quiere que el vástago siga la estirpe en donde no sólo es médico el padre, sino que también lo fue el abuelo y quizá hasta el tatarabuelo remontándose hasta el ancestro curan-

dero de tribu. El abogado, con nombre, recurso y despacho montado pretende lo mismo de su hijo, por aquello de dejarle montado el negocio. Y no, no crean que lo critico o lo juzgo, simplemente me permito reflexionar sobre el tema, o mejor aún, hacerles reflexionar. El mundo está lleno de frustraciones y de personas infelices a causa de haber vivido la vida que los padres les habían organizado en lugar de vivirla con la brújula de su propio corazón.

Por otra parte, están también los chicos que tienen clarísimo que su vocación es ser médico o abogado o arquitecto... por ejemplo, aunque en su familia no haya tradición, pero se encuentran que la nota, bien por ‘décimas’, bien por ‘fiebre alta’ no les da para realizarse en aquello que habían soñado. ¿El resultado? El mismo que en los casos anteriores: frustración, infelicidad, búsqueda de alguna alternativa que se le acerque a lo que querían o, quizá, caminar justo en el sentido contrario y arrastrar el resto de sus vidas, con mucho trabajo, a un cuerpo hacia un ‘trabajo’.

Este año, una parte de esos chicos que deciden en un examen su futuro, llevan sobre

sus mentes la convulsión provocada por algo que siempre vemos lejano, que ocurre en otros lugares, pero que, ahora, ha ocurrido en nuestra amada provincia: un terremoto. Y nos apresuramos a decir ‘Lorca somos todos’, pero no todos somos esos jóvenes que, a las puertas de un decisivo examen, se han quedado sin casa, sin libros, sin nada... Y si una mala noche, una mala digestión, el comienzo de la regla o un ataque de nervios pueden echar al traste el examen de Selectividad... imaginen lo que puede ocasionar haberlo perdido todo. ¿Podría corregirse esos exámenes con otros ojos más... benevolentes...? ¿Sería un agravio con respecto a otro tipo de circunstancias desconocidas como por ejemplo la muerte natural de un ser querido...? No lo sé. Siempre he mantenido que la justicia debería ser un traje a medida de cada caso y no un uniforme igual para todos. Lo único que sé es que el resultado, como a todos, les obligará a elegir.

Y, elegir en función de una nota, no siempre es fácil. Ojalá todos tengan cerca a alguien que les haga tomar como brújula de orientación caminar hacia «donde el corazón te lleve», como reza el título de una de las novelas de Susana Tamaro.

Si nuestros chicos se dirigen en esa dirección, siempre encontrarán la mejor forma de ganarse la vida, porque encontrar un trabajo que amén es la mejor fórmula para no trabajar nunca.

Parece que tener la fortuna de ser libre para elegir y que esa misma elección les elija a ellos podría llamarse la mejor y mayor de las fortunas. Aunque no siempre se sea consciente de ello. Sin embargo, cuando la vida les dé limones, siempre pueden añadir el azúcar de la perseverancia y beber limonada mientras caminan en la senda que les vaya marcando su corazón.